

CAPÍTULO X

Bretona de origen, la señorita Virginia Grandeau era hija del famoso *Canta-en-invierno*, teniente del señor de Charrete, aprehendido con el jefe vandeano en la Chabotería y fusilado, como él, después del combate. Los servicios que esta noble muchacha había prestado al partido realista eran incontables, hasta el extremo de que el conde de Provenza habíala escrito desde Milán para darle las gracias, y había dicho luego á Hyde para que éste lo repitiera : « Si yo pudiera hacer duquesas como hago duques, no habría dama más linajuda que la señorita Grandeau. » Sabía muy bien la policía que un agente de los príncipes vivía en París y servía de lazo de unión entre Inglaterra, Vandea y el Mediodía, pero jamás pudo descubrir á la señorita Grandeau, porque el secreto de la modista de la calle del Dragón estaba bien guardado y las gentes que le poseían eran de absoluta confianza. Limoelan era pariente suyo, y gracias á eso pudo enterarse de las relaciones que con las gentes de la emigración sostenía, pues sin aquella circunstancia que constituía una excepción, jamás un personaje tan insignificante como

él hubiera entrado en relaciones con la señorita Grandeau.

El vandeano llegó á la calle del Dragón á la mañana siguiente, pero tan completamente disfrazado esta vez, que al ojo más ejercitado le hubiera sido imposible reconocerle. Ofrecía á la curiosidad de las miradas la más hermosa cabeza de borracho que cabe imaginar : encarnada, recocida, llorosa y sudando alcohol por todos los poros. En unas alforjas de pana muy usada, llevaba los útiles de cardador de colchones y, al hombro, los caballetes y correderas que le servían para extender las telas antes de rellenarlas de crin y de lana. Hacía dos meses que vivía en la mansarda contigua á la de Maturina, — una mansarda agaterada — y ya en el barrio, donde había forrado ó rellenado más de cuarenta colchones, todos los chiquillos y las comadres le conocían bajo el nombre de « el tío Julio ». Afectaba estar siempre entre Pinto y Valdemoro, digo á medios pelos ó alumbrado, y hablaba con tremendo acento picardo. Al principio, la policía no había dejado de vigilarle, pero el tío Julio pareció tan embrutecido, tan sinceramente alterado, que las sospechas no pasaron adelante, antes al contrario, cuando el tío Julio embestía contra las paredes con harto peligro del equilibrio y de la integridad de su físico, los agentes de Dubois le ayudaban á entrar en casa. No se le conocía más que un amigo : Francisco, el portero de las damas de la Visitación, en la calle de Nuestra Señora de los Campos, en cuyo cuartucho iba todas las tardes á pasar una ó dos horas con permiso especial de la superiora, la señorita Cice, que habiendo hecho cardar al tío Julio los colchones de la casa, abrióle sin querer las puertas de la santa morada. El convento de la Visitación, asilo de mujeres y de muchachas nobles, donde hallábanse retiradas madamas Beaufort, Goyón y Duquesne, abría sus puertas á las religiosas de provincias de paso en París, y no había semana que

la «habitación de las viajeras» no estuviese ocupada.

Y véase lo que pasaba al abrigo de los silenciosos muros de esta mansión de retiro. Las visitadoras pasajeras que á la calle de Nuestra Señora de los Campos llegaban, eran todas, sin excepción, emisarios realistas portadores de instrucciones que habían de ser transmitidas á diferentes puntos de Francia. El portero Francisco, era Juan Carbón, vandeano irreductible que habiéndose negado á aceptar la pacificación de 1796, se refugió en París, donde continuaba sirviendo á la causa real sosteniendo relaciones por medio de Limoelan con Virginia Grandeau, y los jefes del partido. Así era como las órdenes enviadas de Inglaterra, los mensajes procedentes de Bretaña ó del Mediodía, se centralizaban en la calle de Nuestra Señora de los Campos. El tío Julio y Francisco eran los agentes de transmisión de las noticias ó de las instrucciones llegadas de los diferentes focos de la insurrección.

El día que Saint-Regeant quedó instalado en la calle del Dragón, el tío Julio y Francisco, sentados ante dos vasos de vino que aún no habían probado, hablaban paso en la habitación de la portería :

— Ha llegado el momento — decía Limoelan — de poner en ejecución el proyecto sometido por Saint-Regeant á la Junta y aprobado por ésta durante la estancia de Jorge y de Hyde en París. La cosa es muy sencilla, y únicamente se necesita procurarnos un carro, un caballo, un barril de pólvora y un fusil viejo. Tú puedes buscarnos el carro y el caballo, y tenerlos á nuestra disposición para servirnos de ellos en el momento que juzguemos oportuno.

— Á mano los tengo. El carricoche y el caballo que sirven para ir todas las semanas á buscar á Cheville, á la huerta que allí poseen estas señoras, las legumbres necesarias para la cocina, así como los aves y la carne...

— Ni soñarlo — replicó Limoelan. — ¿Y si reconocen el carricoche y el caballo, y la policía detiene á todas estas señoras como cómplices? Es un asunto en que se juega la cabeza... y nosotros no tenemos derecho para comprometer á estas nobles mujeres en una tentativa tan peligrosa... Es necesario procurarse un carro imposible de reconocer si acaso queda de él otra cosa que astillas, y, en caso de apuro, pasarnos sin el caballo. ¿No seremos capaces de llevar entre los dos el carro hasta el sitio indicado?

— No; eso sería peligroso. Conozco á un hortelano de Vaugirard que tiene un carro y un caballo viejo que creo me venderá en cuanto se lo diga. Los compraré á crédito, y dispondremos de ellos en el momento preciso; estoy seguro del individuo y no hay cuidado de que nos traicione. Desde luego, para él no hay compromiso alguno, y con veinte escudos saldremos del paso.

— En cuanto al barril de pólvora y al fusil, Saint-Regeant se encarga. La máquina estará preparada y no habrá más que colocarla sobre el carro...

— ¿Para cuando será la operación?

— En la primer oportunidad. Saint-Regeant estudia el golpe y nos avisará con anticipación suficiente.

Por tal manera, sin vacilación alguna, se preparaban aquellos tres hombres á suprimir el héroe en quien Francia entera había colocado la esperanza. Mientras que para complacer al Primer Cónsul, la policía de Palacio y los agentes de Dubois vigilaban estrechamente á los jacobinos, que no se movían, y redactaban informes sobre los filadelfos, que se debatían en discusiones teóricas, únicamente los que Fouché temía y que durante algún tiempo habían despistado á los agentes encargados de vigilarlos, eran los que estaban en vísperas de realizar el atentado. Braconneau, al cabo de algunos días pasados inútilmente á la puerta de *El León*

rojo esperando á Saint-Regeant, habíase visto obligado á confesar que á los policías colocados por él para acechar al joven realista se la habían dado con queso, y que si aún quedaba alguna esperanza de volver á encontrar el hilo perdido, era necesario buscarle al otro extremo, es decir, en *El gorro azul*. Siguiendo los pasos de madama Lerebourg, Braconneau se creyó seguro de llegar hasta Saint-Regeant, porque era imposible que los dos enamorados consintieran en no verse. Acaso se hubiese ausentado Saint-Regeant, como ya otra vez había hecho, pero volvería á París, y cuando estuviese cerca de madama Lerebourg, sería materialmente imposible que no fuera á *El gorro azul*, ó que Emilia no acudiese á encontrarle en un sitio de antemano convenido. Era cuestión de paciencia.

Para tener la seguridad de que las cosas serían bien hechas, Braconneau se instaló en la calle de San Honorato, á tres pasos de *El gorro azul*, y mientras lanzaba pestes y maldiciones contra Saint-Regeant, esperaba el desquite que debía obtener de manera infalible. Al tercer día de la llegada de Saint-Regeant á la calle del Dragón, á eso de las cuatro de la tarde, una mujer que llevaba una caja de modista, pendiente del brazo por una correa, entró en *El gorro azul* y preguntó por la ciudadana Lerebourg. Le dijeron que subiera al primer piso, y allí encontró á la joven muy ocupada con su marido en clasificar géneros para componer un muestrario. El comerciante salió al encuentro de la visitadora, y le preguntó qué deseaba.

— Á fe mía, ciudadano, se me había ocurrido venir á preguntar á vuestra esposa si quería ver unos encajes... Es una ocasión un poco costosa para una modesta comerciante como yo, pero que supondrá bien poco para una casa como la vuestra...

— Veamos eso — dijo Lerebourg picado en la curiosi-

dad por este preámbulo... — Pero... señora ¡ eso que me enseñáis son albas de sacerdote !... ¡ Demonche !... ¡ Es magnífico ! Aquí un paño de altar... ¿ De dónde proviene esto?...

— Eso es lo que no estoy autorizada para decir... El precio es dos mil cuatrocientas libras, en escudos... Si os conviene, quedaos con ello y dadme el dinero... Es el último precio, y creedme que no tengo comisión alguna en la venta.

— Entonces ¿ qué interés tenéis en ofrecérmelo?

— El de prestar un servicio á los propietarios de estos encajes, y, á fe mía, el de obtener á precio económico algunos adornos que necesito para mi casa de modas. Porque, supongo que me trataréis tan bien como yo os trato ¿ no es verdad?

— Con mucho gusto — respondió Lerebourg que, después de un examen rápido de la mercancía ofrecida, había adquirido la seguridad de que los encajes que palpaba con mano respetuosa, valían, por lo menos, cuatro veces lo que iba á pagar. — Voy á buscaros el dinero á la caja, porque no conviene que mis dependientas de la tienda conozcan nuestro trato.

Y descendió al almacén dejando á Emilia en presencia de la vendedora. Entonces ésta, rápidamente, sacó del seno un billetito estrechamente plegado y se le ofreció á la joven diciendo : « Leed esto cuando estéis sola. Es de Víctor Leclerc. » Madama Lerebourg sintió que un fuego le abrasaba el rostro, y vaciló un instante, pero al oír los pasos de su marido que subía la escalera, cogió vivamente el billete y le guardó en el pecho presurosa.

— Aquí tenéis vuestro dinero — exclamó Lerebourg — ¿ Supongo que no querréis factura?... Y si alguna vez topáis con nuevas ocasiones de estos géneros, acordaos de mí...

La modista cogió el saquito de oro que le entregó el comer-

ciante, y le hizo desaparecer en su retículo. Después, saludó á madama Lerebourg, y añadió :

— Ahora, enseñadme las novedades que tengáis en cintas y randas para pasar, para papalinas y para adornar gorros...

— Si tenéis la bondad de bajar conmigo, ciudadana, yo mismo os acompañaré á las secciones de cintas y de sedería...

Desaparecieron los dos escalera abajo, y quedó Emilia sola. La carta que con las yemas de los dedos acariciaba, le pareció de una lectura tentadora. ¿Cómo resistir al deseo de saber lo que hacía Saint-Regeant, dónde estaba, y si alguna esperanza se ofrecía de poder reunirse con él? En el fondo de la conciencia, una voz se elevaba reprochándole su ligereza. ¡Cómo! ¿Lanzarse en los peligros de una pasión que amenazaba no solamente con turbar su reposo sino también con comprometer á su marido? Porque no había que hacerse ilusiones : Saint-Regeant conspiraba, y siendo así ¿no debía considerar como una fortuna el que las persecuciones de la policía los hubiesen separado? Y ahora que había desaparecido, ¿no se necesitaba estar completamente loca para correr aturdidamente al encuentro de las emboscadas que un tal amor podía reservarle? No tenía más que coger la carta, romperla sin leerla, arrojar los á pedazos la lumbre, y todo habría terminado. Continuaría siendo una mujer honrada, tranquila, metódica, intachable, y el capricho por el guapo vandeano quedaría en su memoria como recuerdo de un sueño. Tal era la conducta que le recomendaba la razón, pero el amor obtuvo de ella todo lo contrario. Sacó el billete del pecho, le abrió y leyó : « Si me amáis y deseáis verme, querida Emilia, venid, durante el día, á la calle del Dragón, núm. 35, á casa de la señorita Virginia Granbeau, modista, que os remitirá este

billete. No tenéis nada que temer, y me haréis el más afortunado de los hombres. *Víctor.* »

Después de la lectura, Emilia hizo lo que debió haber hecho antes si á la voz de la prudencia hubiera obedecido : quemar el billete á la llama de una bujía y echar las cenizas en la chimenea. Realizado lo cual, se puso á pensar : ¿De manera que aquella mujer que acababa de vender á su marido unos encajes, era la huésped de Saint-Regeant? Intentó recordar su aspecto : de unos cuarenta años, muy fea... no, no podía ser una rival. Esta conclusión bastó para hacerla simpática á sus ojos. Ir á la calle del Dragón, á casa de una modista, era una cosa muy natural que en manera alguna podía comprometerla, y por lo que á ella atañía, el asilo escogido por Saint-Regeant no podía ser ni más práctico ni más juicioso. Quedaba únicamente por resolver dónde y cómo se verían y decidió hacer la experiencia al día siguiente. Desde la desaparición de Saint-Regeant, madama Lerebourg no había salido de casa más que una vez, y eso para tomar un poco el aire en las Tullerías, en la terraza de los Bernardas, conducta que había logrado exasperar á Braconneau que se daba á todos los diablos viendo cuán vana era su vigilancia. No es de extrañar, pues, que cuando la hermosa joven apareció á la puerta de la tienda á las tres de la tarde del día siguiente, el policía dejase escapar un suspiro de satisfacción.

La joven se alejó en dirección del Palacio Real, tomó un carruaje, y el jamelgo renqueó camino del Sena. Braconneau tuvo que acelerar el paso para no perderle de vista en medio del movimiento de la calle. Cerca de la Casa de la Moneda, perdió la pista unos momentos, pero volvió á recobrarla en el muelle de los Agustinos, y cuando madama Lerebourg descendió en la calle del Dragón, frente á la de Huchette, el persecutor estaba sin aliento. Grande

fué su sorpresa cuando vió á la señora Lerebourg internarse en la obscuridad del portal, después de haber ordenado al cochero que la esperara. Examinó rápidamente la casa, y no hallando en la apariencia exterior nada que le llamase la atención, tentado estuvo de creer que había realizado una caminata inútil. Sin embargo, un poco de reflexión le hizo ver lo extraño de que madama Lerebourg fuese á casa de una modista de tan pobre apariencia, que vivía en barrio tan apartado, cuando por sus relaciones comerciales podía hacerse servir por las primeras casas de París. Braconneau se dijo que en cuestiones policíacas había que inclinarse siempre del lado de lo inverosímil, y resolvió averiguar qué era lo que madama Lerebourg había venido á hacer al número 35 de la calle del Dragón. Y con este propósito esperó pacientemente.

Emilia llegó al primer piso, llamó, y fué recibida por la vieja Maturina, que la condujo al salón de pruebas, separado del taller por un sencillo tabique. Poco después llegó Virginia, y como se oyesen las voces de las operarias, la modista llamó á la encargada, le mandó traer una capota cuya confección estaba á punto de terminarse y se la probó á la pretendida cliente. Aún tuvo la operaria que traer y ofrecer otros modelos, y al cabo de un cuarto de hora de discusión, madama Lerebourg escogió un lindo sombrerito que declaró llevaría ella misma. Entonces, y apenas la encargada hubo regresado al taller, Virginia guió á su cliente á través de un oscuro pasillo, llegó á la cocina, hizo girar el fondo del armario, é introduciendo á la joven en el escondite la dijo: «Tenéis un cuarto de hora disponible; más tiempo sería peligroso.» Y volviendo á cerrar, los dos enamorados se encontraron frente á frente.

Estaban tan solos, que podían creerse separados del resto del mundo, pero esta soledad, en vez de enardecer á Saint-

Regeant, le hizo sentirse más tímido que de ordinario. Lentamente se aproximó á Emilia, la cogió una mano, la condujo hasta una de las dos sillas que formaban parte del moblaje, y se sentó á su lado.

— ¡He aquí á dónde habéis venido á parar! — observó tristemente madama Lerebourg, paseando la mirada por la habitación.

— Retiros menos tranquilos y menos dulces he conocido. Las cuevas de Morbihán donde vivíamos como conejos, sin lumbre y sin comida muchas veces, no eran palacios que digamos. En la guerra como en la guerra... Si triunfamos, la miseria habrá terminado...

— ¡Si triunfáis! ¡Ah, Saint-Regeant, vuestra empresa es una locura! ¿Cómo esperáis llegar al cabo solo, perdido en medio de este inmenso París, perseguido, amenazado? ¡Y contra ese triunfador que se llama Bonaparte!

— No hablemos más de mis designios, querida Emilia; no envenenemos con la desagradable y atroz política los pocos instantes de que disponemos... ¡Qué bondadosa sois al no haber olvidado al pobre Saint-Regeant! Perdido en este inmenso París, como acabáis de decir poco há, no teníais más que olvidaros de mí para recobrar vuestra calma y vuestro reposo. Soy yo el causante de vuestros enojos. Perdonadme, querida mía, é iluminad con vuestra encantadora sonrisa la tristeza de este rincón.

— No es muy prudente mi visita, pero sufría demasiado de no veros, de no saber dónde estábais ni lo que hacíais. ¿Qué extraña influencia habéis logrado sobre mi voluntad que actualmente soy incapaz de desear otra cosa que aquellas que os plazcan, y que tiemblo á la sola idea de los peligros que corréis?

— Si no deseáis más que mi gusto, sed complaciente, y dejadme, para alegrar mi soledad, un delicioso recuerdo vuestro...

La joven se defendió de estas intenciones con un pudor que le enrojeció el rostro :

— No dispongo más que de cortos momentos para estar á vuestro lado; contentaos con lo que ya habéis obtenido... Además, esa mujer que volverá á buscarme, puede sorprendernos... ¡ Oh, Saint-Regeant !...

Habíala tomado él en los brazos, envolviéndola con su aliento, deseándola locamente, con todo el ardor de una juventud que le hacía irresistible. Y ella iba á ceder, cuando un ligero ruido que se oyó del lado de la puerta secreta la hizo volver á la realidad. Escapóse de los brazos de Saint-Regeant, y estremeciéndose á la vez de deseo y de temor, suplicó :

— ¡ Oh, no; otro día... os lo suplico !...

— ¿ Y si me han preso ó matado antes?

La joven volvió á arrojarse en sus brazos lanzando un grito de dolor. Saint-Regeant pudo comprobar hasta qué punto era amado; vió que Emilia no dudaba ya entre la felicidad de su amante y el honor de mujer nonrada, y una sensación de alegría exquisita le llenó el corazón. Y procuró calmar á Emilia con tanto cuidado como de intento había puesto en alarmla :

— No, amor mío; no temáis por mí : aquí estoy seguro, y podéis venir cuando queráis á concederme el premio de mi sumisión. Soy vuestro esclavo, os obedezco, y me recompensaréis cuando os plazca.

Ella le pagó tan prudentes palabras con un largo beso, que los dejó á los dos pálidos y estremecidos, mirándose en éxtasis.

— ¡ Ah — dijo el joven con un suspiro, — es un gran mérito haberme hecho triunfar de mí !

Y pasándose la mano por la frente, añadió con vivacidad :

— Decidme cómo habéis venido hasta aquí, querida

Emilia, y si no habéis advertido nada sospechoso en los alrededores de esta casa. ¿ No os han seguido?

— ¿ Quién? Mi excelente marido no tiene la menor sospecha, y, además, he venido á casa de una modista, tengo el coche á la puerta, y llevo un sombrero que he comprado. Casualmente, el sombrero tiene necesidad de algunos retoques, y le volveré á traer yo misma dentro de dos días...

— ¡ Dentro de dos días ! — exclamó Saint-Regeant contentísimo.

— Y como permaneceré aquí un poco más tiempo, con el fin de que mi visita no parezca demasiado larga á los que pudieran sentir la tentación de ocuparse de mí, vendré dando un paseo, á pie. Ahora que sé vuestro alojamiento, eso será la cosa más natural del mundo...

— ¡ Oh querida, mi querida Emilia ! ¡ Qué buena, qué fiel !...

— ¡ Qué loca, sobre todo ! ¿ Pero qué sería la existencia sin una gran locura? ¡ Sería tan triste y tan insulsa que no merecería la pena de vivirla ! Vamos, separémonos por hoy, y hasta muy pronto.

Se dieron un nuevo abrazo en la soledad de la pequeña habitación, y Saint-Regeant golpeó suavemente en la puerta disimulada. Al cabo de muy cortos instantes, aquella se abrió y Virginia acompañó silenciosamente á madama Lerebourg, quien despertó al cochero que dormía como un ceporro sobre el pescante, y le ordenó conducirla hasta la esquina del Palacio Real, donde había montado. Braconneau, en pie en la acera de enfrente, con la nariz en alto como si examinara el tejado de una casa, no perdió movimiento ni palabra de la viajera, y la vió tranquila, con su gran caja de cartón en la mano, de forma que á cualquiera otro le hubiera parecido evidente que la joven venía de realizar uno de los actos más corrientes en la vida de una

mujer : adquirir un sombrero en casa de la modista. Pero Braconneau había perdido la traza de Saint-Regeant, y aceptado el principio de que todas las idas y venidas de la linda Emilia no tenían más objeto que acercarse á su amante, sacó en conclusión que en la visita que acababa de hacer estaba interesado Saint-Regeant, y que, á partir de aquel momento, la casa de la calle del Dragón y la misma Virginia debían ser vigiladas.

No se tomó la molestia de seguir en su regreso á la señora Lerebourg, porque para él, Emilia no era más que el hilo que hasta Saint-Regeant debía conducirle. Ahora bien; su olfato de policía le indicaba que el joven realista hallábase escondido en la casa de la calle del Dragón, pero ¿dónde? ¿cómo? ¿en casa de quién? Ahí estaba el misterio que era preciso esclarecer. Lo primero que convenía era estudiar de cerca al boticario establecido en la planta baja, y aunque había noventa y nueve probabilidades contra una de que tal cosa fuera inútil, sabía muy bien el polizone que con un adversario tan diestro y precavido no era prudente descuidar detalle alguno. Entró en la farmacia y examinó al dueño que se presentó ante él. Era un hombrecito de unos cincuenta años, calvo, desaseado y enfermizo. Braconneau le pidió una onza de sen, y el farmacéutico, sonriendo, dijo con tono doctoral :

— El purgarse es una excelente precaución en todos los cambios de estación, pero muy especialmente en la primavera...

Y mientras pesaba las hojas en un pequeño cucurucho, Braconneau medía mentalmente los muros, calculaba el espesor de los pisos y lanzaba una ojeada hacia la rebotica, que daba á un pequeño patio escasamente alumbrado.

— No tendréis ratones en la farmacia... — dijo al boticario.

— Al contrario, ciudadano; mi esposa y yo estamos atormentados diariamente...

— ¡ Ah !, ¿estáis casado? ¿Dónde diablos vivís entonces?

— En el segundo piso; tres habitaciones que dan á la calle... Es abohardillado, pero cómodo... Además, no tenemos otros vecinos que el tío Julio el colchonero, y la excelente ciudadana Grandeau, que vive debajo de nosotros... De manera que casi podemos decir que toda la casa es nuestra... En cuanto á las ratas...

— ¡ Ah ! la ciudadana Grandeau... ¿Es la modista del primero? Una muchacha muy guapa, que tiene por amante á un buen mozo, moreno, gallardo, que ha regresado de viaje hace dos días...

Al escuchar estas palabras de Braconneau, la fisonomía del farmacéutico expresó un asombro profundo :

— ¿La ciudadana Grandeau una muchacha guapa? ¿La ciudadana Grandeau un amante? ¿Tenéis ganas de broma? Á no ser que os confundáis con alguna de las oficiales... Sí, eso es posible. Hay dos ó tres esbeltas, jóvenes, pizpiretas, muy graciosas, que seguramente no deben carecer de galanes... Pero en jamás de los jamases se arriesgarían á traerlos á esta casa... Si tal hicieran, la señorita Grandeau tardaría en ponerlas de patitas á la puerta lo que tardara en verlas...

— ¡ Pues qué ! ¿Es una virtud tan entera esa Virginia Grandeau que no ha entrado jamás un hombre en su casa?

— ¡ Ah ! No me hagáis decir alguna tontería, — respondió el maese Potingues. — Recibe á sus proveedores y os recibirá á vos también si venís á hacerle algún pedido... Ahora, en cuanto á tolerar que se venga á su casa por otros asuntos que por los referentes á su comercio... No... Aquí tenéis vuestro sen, ciudadano... un real... Y por lo que hace á las ratas, si queréis un procedimiento para destruirlas, os

puedo recomendar el « raticida Duvallon », que me da resultados excelentes... Es una composición de arsénico con fósforo...

— Bueno, lo pensaré — respondió Braconneau dando al Espátula una moneda de á real. Por el momento, sabía lo que deseaba saber, y no quería más que marcharse. Pero el droguista, caballero en el tema de la destrucción de los roedores, no era de la misma opinión, y así añadió :

— Venid á ver cómo preparo yo los cebos envenenados en mi babel...

Braconneau, gozosísimo de poder examinar la « plaza » en todos sus detalles, le siguió á la rebotica de cuyo techo pendían un centenar de manojos de plantas medicinales, y poco después salieron á un patiecito que separaba la farmacia de la casa vecina. Se quedó largo rato contemplando la fachada, con los ojos puestos en la saetera que daba luz al escondrijo de Saint-Regeant. De una ventana del primer piso, salió una voz alegre diciendo :

— Y bien, tío Bismuto, ¿cómo va la salud? ¿Un poco mejor que la de vuestros clientes, no?... Vos no os emponzoñáis con vuestros productos.

— ¡Vamos, buena pieza! ¡Ya vendréis á pedirme azufre cuando estéis acatarrada! — respondió riendo el droguero. — Es una de las operarias de la ciudadana Grandeau — agregó. — Cuando se es joven, nunca falta humor. Me llaman tío Bismuto... Eso no hace daño y á ellas las divierte.

Las sospechas de Braconneau se debilitaban por momentos. En este vecindario sencillo y tranquilo, nada denunciaba el menor síntoma de conspiración, ni se notaba ese especial ir y venir misterioso que denota temor. Estas gentes que vivían amontonadas, codo con codo en un tan reducido espacio, no podían menos de sorprender cualquier movimiento anormal, extrañarse, comentarlo. Ese rincón de pro-

vincia incrustado en el corazón de París, no era á propósito para un conspirador tan peligroso como aquel de quien recelaba Braconneau. Pero entonces, ¿qué venía á hacer allí madama Lerebourg? No lo sabía, más decidió no rendirse tan pronto y continuar observando. Por tanto, se despidió muy amablemente del tío Bismuto, y viendo á uno de sus polizontes que se paseaba frente al escaparate de una taberna, le llamó y le dió instrucciones detalladas para la vigilancia de la casa. Braconneau pensaba: si Saint-Regeant está escondido en la calle del Dragón, la ciudadana Lerebourg volverá á verle, y entonces ya no dudo más: envió uno de mis vigilantes al puesto de policía más próximo, rodeo la casa, y hago un registro en toda regla. Es necesario que descubra á la ciudadana Lerebourg en casa de Virginia Grandeau, ó con Saint-Regeant en su escondite; lo que sea, pero no hay más remedio que descubrir algo.

Saint-Regeant salió de noche dos veces, para ir á reunirse con Limoelan en el convento de las Damas hospitalarias, sin que los agentes de Braconneau, que le siguieron concienzudamente la primera vez, lograsen reconocerle. Pareció ser un criado de la casa, pero informado Braconneau del caso, y sabiendo éste que no existían en aquella vecindad más hombres que el tío Julio y el farmacéutico, sospechó en seguida que se trataba de Saint-Regeant. Firme en esta hipótesis, tomó á su cargo la vigilancia, y en la segunda salida, aunque le pareció de menor estatura y más grueso que el que iba buscando, le siguió hasta el convento y esperó. Limoelan, al abrir la puerta á su amigo, vió al policía y le reconoció :

— Traes un polizonte á los zancajos — dijo el vandeano á su amigo. — Y, ó yo me engaño mucho, ó es el famoso Lavernieres que intentó, por medio de su amistad con Valoris, meterse en la junta de *El león rojo*...

— Si es Lavernieres, es también Neufmulin. Neufmulin es un buen mozo que me ha escoltado durante todo un viaje por el Mediodía y que me ha creado graves dificultades en Lión. En ese caso, hace falta deshacernos de él, porque es un individuo demasiado peligroso.

— ¿Y cómo te las vas á arreglar?

— De la manera más sencilla. En cuanto te deje, me voy á ir hacia los alijares que se extienden por el lado de Vaugirard. Si mi hombre me abandona, volveré á mi escondite hasta mejor ocasión. Si me sigue, me vuelvo, me voy á él, y nos explicaremos. Llevo mis pistoletes.

— ¿Le matas?

— En combate leal; yo no soy asesino. Si está armado, y creo que sí, las probabilidades son las mismas. Si no tiene armas, le daré uno de mis pistoletes para que se defienda...

— ¡Singulares escrúpulos! — exclamó Limoelan con una sonrisa. — Dentro de pocos días, quizá mañana, vas á poner en peligro de muerte á veinte gendarmes ó guardias de la escolta de Bonaparte con tu barril de pólvora, y vacilas en matar á un espía que te haría cortar la cabeza con gran regocijo.

— En efecto, es una tontería, — respondió Saint-Regeant. — Pero cada cual es como le han hecho. Poniendo fuego á la máquina arriesgo mi vida... y en la guerra como en la guerra... Pero aquí, fríamente, agujerearle la cabeza á un hombre, sin advertirle... No, eso no entra en mi temperamento...

— En el pellejo de Bruto, tú no hubieras matado á César.

— Hubiera preferido hacerlo en Farsalia...

— ¡Caballerías! Amigo mío, me inquietas y no sé si voy á continuar nuestra empresa contigo. Tú eres muy capaz, si en el momento decisivo pasa una mujer hermosa por la calle ó un anciano de cabellos blancos, de no apoyar

el dedo sobre el gatillo y de salvar al Primer Cónsul por no matar al anciano ó á la mujer...

— ¡No me hables de las consecuencias de mi acción! Yo no veo en ella más que la grandeza salvaje. Es necesario matar á Bonaparte: he ahí todo, y á ello he consagrado mi vida.

— Bueno ¿y cuándo se da el golpe?

— ¿Te has procurado el carro?

— En una hora puede estar en mi poder.

— El barril de pólvora, cargado, y el fusil, están en *El león rojo*...

— Entonces no queda más que buscar la ocasión.

— No tardará en ofrecerse. *La Gaceta* anuncia que el 3 de Nivose, es decir, pasado mañana, se dará en la Ópera una audición solemne del nuevo « oratorio » de Haydn *La creación del mundo*. Se ha prometido á los espectadores la presencia del Primer Cónsul, de madama Bonaparte y de la pequeña corte de las Tullerías.

— Entonces...

— Entonces, el camino que ha de seguir Bonaparte para ir á la Ópera está trazado de antemano. Pasará por la calle de San Nicasio y la calle de la Ley... Colocando la máquina en la esquina de San Nicasio, en el entrante que hay á la izquierda, el carruaje cruzará casi rozando... Es imposible que no sea pulverizado...

— Vaya por la esquina de la calle de San Nicasio. El efecto será menos destructor que en la de la Ley, donde acaso puedan encontrarse numerosos espectadores...

— Sin contar con que la policía, sin duda alguna, nos impediría estacionarnos...

— Sí, me parece bien. ¿Qué tenemos que hacer Carbón y yo?

— Llevarme el carro á *El león rojo*. Allí cargaremos el

barril y nos encaminaremos á la calle de San Nicasio. Como será ya de noche, nos protegerá la obscuridad.

— Mientras tanto, es necesario que te desembaraces de tu espía...

— Eso quedará hecho esta misma noche. ¿Tenemos alguna otra cosa que decirnos?

— Veamos.

— El carro en *El león rojo*, pasado mañana, á las cinco de la tarde. Y si, por casualidad — es necesario preveerlo todo, — yo no estoy allí, pídele el barril de pólvora y el fusil al posadero y reemplázame.

— Si tú no estás allí...

— Es que estaré preso, ó muerto...

— Conformes.

Saint-Regeant se levantó, sacó de los bolsillos un par de pistoletes y verificó el cebo con gran cuidado. Después, estrechando la mano de su amigo salió al vestíbulo, franqueó la puerta y se encontró en la calle. Braconneau le siguió y no sin algo de extrañeza vió que el individuo á quien perseguía y que á pesar de las apariencias continuaba en creer que era Saint-Regeant, volvía la espalda á París y se metía á campo atraviesa hacia Vaugirard. Hombre nada pusilánime, el policía continuó su seguimiento, aunque dejó acrecer algo la distancia que les separaba, porque en aquellos terrenos baldíos, era más difícil disimular la persecución que en las calles de la ciudad. Por lo demás, todas estas precauciones que tomaba para no ser visto eran bien inútiles, porque al cabo de un cuarto de hora de ojeo, comprendió por la manera con que la pieza se descubría que el cazado conocía la caza de que era objeto y que no concedía ninguna importancia al asunto. Marchaba por medio del camino, todo derecho, sin detenerse, y bruscamente, cuando no hubo ya empalizadas en derredor de los campos desiertos, ninguna

casa de hortelano á la vista, entró por un camino de través, que conducía hacia Montrouge y, llegado á descubierto campo se detuvo, se sentó, y esperó. El policía no quiso ser menos valiente, y continuó marchando hacia el hombre á quien seguía. Cuando llegó á él, seguro de quién era, desaparecida toda duda, se quitó el sombrero y saludó :

— Buenas noches, señor de Saint-Regeant.

— Á sus órdenes, señor Neufmulin — respondió el realista.

— ¡ Enhorabuena ! Me gustan las situaciones despejadas.

— Despejada — replicó Saint-Regeant — en lo que me concierne, pero no en lo que os toca. Vos sois el Neufmulin del viaje á Lión, el Lavernier del abate Valoris y, sin duda alguna, varios otros personajes que han sido encarnados por un solo policía cuyo verdadero nombre y figura desconocemos. En cuanto al verdadero nombre, yo no sé si lograré saberle jamás, pero en lo que al rostro atañe, á pesar de la pintura, de las pelucas, de las plumas en la nariz y de las bolas de caucho en las mejillas, voy á ensayar de descubrirle...

— ¡ Quisiera saber cómo !

— Matándoos, señor de Neufmulin.

El policía dió un salto atrás que le puso á distancia. Saint Regeant se levantó lentamente, se plantó en medio del camino, y sacando de debajo del abrigo los dos pistoletes, añadió :

— He comido y bebido con vos, Neufmoulin, y aunque no seáis un personaje muy recomendable, dado el triste oficio á que os dedicáis, no soy hombre capaz de mataros indefenso. Tomad tanta distancia como queráis, y á una señal mía, avanzad hacia mí y disparad. No me tratéis con miramientos; eso sería engañaros, porque soy bastante buen tirador y voy á procurar levantaros la tapa de los sesos.

— Señor de Saint-Regeant; me ponéis en una situación verdaderamente embarazosa. Yo no he pensado jamás en mataros, ni en heriros siquiera, porque no es necesario que haga tal cosa; mi misión se reduce á asegurarme de vuestra persona.

— Precisamente por eso no he querido volver á París, donde á cada paso hubiérais encontrado quien os ayudase á « asegurarme ». Pero aquí, Neufmulin, ¿cómo os las compondrías para detenerme?

— Señor de Saint-Regeant, haré todo cuanto de mí dependa para lograrlo. No es absolutamente preciso que vayáis á dormir esta noche á casa de la ciudadana Grandeau. Mas sí es necesario que yo sepa lo que tramáis con el portero del convento de las Damas hospitalarias... Eso es Pitt y Coburgo puro, miseñor.. Selo explicaréis al ciudadano Fouché...

— ¡Oh!, sabéis demasiado — respondió Saint-Regeant con fría decisión. — Y sois un imprudente galleando conmigo... Vamos, tomad uno de estos pistoletes y defendeos, ó ¡vive Dios! que os mato como á un perro rabioso...

— Saint-Regeant, antes de enfadaros, escuchadme. Yo no os quiero mal; eso os lo he probado. Yo hubiera podido molestar á la ciudadana Lerebourg; no lo he pensado siquiera. Me aflige ver un hombre valiente como vos, enzarzado en tan mal camino, en compañía de Jorge y de su chusma... Abandonad todo eso, marchaos de París, y os doy palabra de facilitar vuestra huida...

— Y en cuanto yo haya vuelto las espaldas, detendréis á los otros, y habré traicionado la causa que he jurado defender. ¡Vamos, basta ya! Me estáis ultrajando; os habéis colocado en una situación tan terrible, Neufmulin, que no lograréis salir de ella sino matándome.

— Puesto que me obligáis á ello... Pero bien sabe Dios que es contra todos mis deseos...

Y sacando del redingote un pistolete, retrocedió hasta colocarse á distancia de unos treinta pasos de su adversario. La noche era sombría, de invierno, y un ligero cernidillo comenzaba á caer; apenas si los dos contrincantes lograban verse colocados uno en frente de otro en medio del camino.

— En guardia, Neufmulin — gritó Saint-Regeant. Y pistolete en mano, avanzó con paso decidido hacia el policía, que continuaba inmóvil.

Así llegó hasta que solamente le separaron diez pasos de Neufmulin, quien seguía esperando verle disparar para enseguida tenerle desarmado á merced suya. Mas el joven realista no pareció muy dispuesto á favorecer esta táctica, y, deteniéndose, apuntó con gran frialdad á Neufmulin. Entonces éste hizo fuego vivamente, y la bala de su pistolete atravesó el cuello del redingote de Saint-Regeant. El disparo del realista fué simultáneo al del polizonte, y Neufmulin, herido en mitad del pecho, abocinó sobre el camino.

— ¡Él lo ha querido! — dijo á manera de responso Saint-Regeant.

Se fué hacia el polizonte, que se debatía en un charco de sangre, le dió vuelta, le arrancó la peluca, y comprobó que el rostro que le había mostrado cuando representaba el papel de Neufmulin, era, poco más ó menos, el verdadero. No queriendo exponerle á ser aplastado por los carros de los hortelanos que todas las noches cruzaban por aquellos sitios en dirección á los mercados del centro de París, le arrimó á uno de los terraplenes de la orilla. Después colocó al lado del policía la pistola, y bien convencido de que tenía ante sí un cadáver, murmuró:

— *Requiescat in pace.*

Y á paso ligero, se alejó en dirección á la ciudad.